

EL NUEVO ESCENARIO GEOPOLITICO Y CONSECUENCIAS PARA LA PAZ MUNDIAL¹

THE NEW GEOPOLITICAL SCENARIO AND CONSEQUENCES FOR WORLD PEACE

JOSEP PIQUÉ CAMPS ²

RESUMEN:

Ante un mundo incierto y confuso, impactado por la pandemia del covid19 y la invasión ilegal de Ucrania por parte de Rusia, es importante analizar adecuadamente el contexto. Las grandes tendencias van más allá de la coyuntura y el corto plazo. Vienen de hace tiempo, perduran y marcarán nuestro futuro a medio plazo. La demografía, la tecnología digital, la transición energética y medioambiental, la globalización y el desplazamiento geopolítico desde el Atlántico al Indo-Pacífico son las más destacables. En cualquier caso, tanto la pandemia como la guerra en suelo europeo han impactado significativamente sobre nuestra economía con sus consecuencias políticas y sociales. La respuesta a los desafíos planteados, desde los poderes públicos y desde las sociedades, determinará el futuro y las expectativas sobre la paz mundial.

PALABRAS CLAVE: Pandemia, Guerra en Ucrania, demografía, tecnología digital, medio ambiente, transición energética, globalización, Indo-Pacífico, impacto económico, político y social, futuro y expectativas de la paz mundial.;

ABSTRACT:

In an uncertain and confused world, shocked by the pandemic of Covid19 and the illegal invasion of Ukraine for Russia, it is important to analyze accurately

¹ El autor se reserva la propiedad intelectual de este artículo

² Exministro de Asuntos Exteriores de España

the context. Big trends are present beyond the short term. They are going from the past, are here today and will determine our future in the medium term. Demography, digital technologies, environment and energy transition, globalization or the geopolitical displacement from the Atlantic to the Indo-Pacific are the most remarkable ones.

In any case, both pandemic and war in the European land have significantly impacted on our economies and with great consequences on politics and societies. The answer to these challenges from the governments and social agents, will determine the future and the expectations for the world peace.

KEY WORDS: *Pandemics, Ukraine War, demography, digital technology, environment, energy transition, globalization, Indo-Pacific, economic, social and political impacts, future and expectations on world peace.*

Recibido: 30/07/2022

Aceptado: 24/909/2022

Estamos en un mundo muy dominado por la coyuntura, la inmediatez y el corto plazo. La globalización y las nuevas tecnologías nos abruman de información en tiempo real y acaban condicionando en buena medida nuestra capacidad de análisis de la realidad y, en consecuencia, distorsionándola. Ya el refranero nos advierte de que, muchas veces, los árboles no nos dejan ver el bosque. O lo que es peor, que ante el dedo índice señalando a la Luna, nos paramos en él y no en ella.

Por ello, muy a menudo oímos hablar de que, ante determinados acontecimientos, “el mundo ya no va a ser igual que antes” y que estamos ante un escenario completamente nuevo. Es lo que solemos llamar “adanismo”, es decir, pensar que los puntos de partida coinciden con nuestra específica experiencia personal y que nada de “lo de antes” vale para entender el presente y el futuro. De ahí, el lamentable desprecio por la Historia que suelen mostrar los

ciudadanos y, lo que es mucho peor, nuestros responsables políticos.

Viene esta reflexión inicial a cuento ante las reacciones provocadas por la pandemia o por la agresión criminal de Ucrania por parte de Rusia. “Nada volverá a ser igual”, se nos dice con insistente frecuencia. Y es obvio que algunas cosas, no. Pero es un buen ejercicio intelectual situar siempre las cosas en su contexto y ver más allá de nuestra inmediatez.

Pandemias ha habido siempre y algunas, como la “peste negra” que asoló Eurasia en el siglo XIV, han sido claramente disruptivas. En ese caso, aceleró dramáticamente el ocaso de lo que llamamos, desde una visión eurocéntrica, la Edad Media, y la irrupción de la Edad Moderna y del Renacimiento. También han sido muy remarcables la mal llamada “gripe española”, al final de la I Guerra Mundial, o las que se produjeron en la Atenas de Pericles (combatida ya entonces, hace veinticinco siglos, con cuarentenas, como hoy) o en el Imperio Romano, con la de Justiniano como más letal y conocida. La viruela, el sarampión, o el VIH, muy generalizadas, o la Gripe A, la malaria, la peste bubónica o la fiebre amarilla más concentradas en Asia o África constituyen ejemplos no muy lejanos en el tiempo. Por no hablar de la difusión de enfermedades desconocidas en América antes de la irrupción europea a partir del siglo XV.

Es cierto, sin embargo, que los occidentales (con la excepción del VIH, mucho menos generalizado) llevábamos algo más de un siglo al margen de las pandemias. Por ello, tanta sorpresa ante el Covid19. Hemos visto cómo nuestros modernos sistemas sanitarios y nuestras costumbres higiénicas (que parecían ponernos a salvo) no han sido suficientes para impedir vernos afectados por una pandemia global iniciada en China, pero rápidamente extendida por todo el planeta (gracias, entre otras cosas, al enorme incremento en la movilidad de las personas).

Pero ni ha sido la primera, ni será la última. Sus consecuencias humanas han sido muy serias, y el impacto económico y social de las respuestas está siendo aún muy considerable. Pero todo apunta a que está siendo ya superada (por lo menos en su fase pandémica) y que su duración ha sido relativamente corta. Desde luego, la ciencia ha tenido mucho que ver con ello, ya que la vacunación masiva -y muy rápida- se ha mostrado eficaz, aunque los abonados a los mitos y las supersticiones alejadas de la ciencia y la razón, lo discutan. Todavía hay quién cree que la tierra es plana... El siglo de las Luces o la Ilustración no han acabado de hacer su trabajo.

Es cierto, también, que la pandemia ha acelerado la digitalización de nuestros hábitos laborales y sociales (desde el teletrabajo a la comunicación “on line”), pero la movilidad y la “presencialidad” están volviendo a dónde solían y, más allá del impacto económico y social evidente, pronto será un mal recuerdo. De hecho, hoy ya apenas es noticia.

Pero ese impacto tampoco es diferente sustancialmente de otros episodios históricos. Se trata de lo que los economistas denominamos “shock de oferta”, es decir, una restricción de oferta, vía precios o vía cantidades, o ambas. El ejemplo paradigmático es el de las llamadas “crisis del petróleo”, en los años setenta del pasado siglo, cuando, gracias a la posición oligopólica de los grandes exportadores se produjeron sustanciales incrementos de su precio o reducción de la oferta disponible en los mercados. En la medida en que se trata de recursos procedentes del exterior, se produce no sólo una redistribución interna de las rentas de los factores de producción, sino una transferencia de riqueza que empobrece al conjunto y obliga a desarrollar políticas de demanda y de rentas.

En el caso de la pandemia, la restricción de oferta proviene de la reducción drástica de producción (sobre todo de bienes) como producto de los confinamientos y las restricciones a la movilidad,

provocando serios problemas de suministro e incrementos de precios y afectando a las rentas de los agentes económicos.

Por ello, los poderes públicos han adoptado masivas políticas de demanda (monetarias y fiscales) destinadas a paliar los efectos desde el lado de la oferta, evitando así un déficit de la demanda efectiva. La inyección de liquidez ilimitada por parte de los Bancos centrales, incluyendo la compra incondicional de emisiones de deuda pública destinada a incrementar el gasto público para sostener la demanda agregada y el abandono consiguiente del rigor presupuestario han sido los ejes centrales de esas políticas.

La consecuencia a medio plazo es alimentar procesos inflacionistas, y comprometer la sostenibilidad de las cuentas públicas, por lo que un regreso ordenado al rigor monetario y fiscal se hace perentorio. Como también lo es, desde el punto de vista social, llegar a pactos de rentas que permitan distribuir equitativamente los costes del empobrecimiento general.

En eso estamos ahora. Hemos “redescubierto” que políticas monetarias ultraexpansivas alimentan inflaciones, o que la oferta es más rígida que la demanda (ya que requieren inversiones y tiempo) o que no basta con políticas de demanda sino que se requieren reformas estructurales en los mercados que permitan recuperar productividad y competitividad así como políticas de oferta orientadas a asegurar y diversificar suministros básicos para la producción, desde las materias primas (energía, minerales, alimentos...) o componentes intermedios fundamentales como los microprocesadores o los fertilizantes. Lo que nos lleva también a la transformación del escenario geopolítico surgido a raíz de la victoria de Occidente en la Guerra Fría de la segunda mitad del siglo anterior. De eso hablaremos un poco más adelante.

Pero, en cualquier caso, “res novum sub sole”. Nuevas circunstancias, nuevas características, pero con el mismo fondo de problemas que la humanidad ya ha vivido con anterioridad.

Unas nuevas circunstancias que también se han puesto de manifiesto con los efectos de la invasión ilegal de Ucrania por parte de Rusia.

Un acontecimiento bélico que nos ha impactado, particularmente en Europa, al producirse en nuestro suelo continental dónde (con la excepción de Chipre y sobre todo las guerras en los Balcanes Occidentales como producto de la desmembración de Yugoslavia, después del colapso soviético y la derrota de los sistemas no basados en la economía de libre mercado y propiedad privada), no nos afectaba directamente desde el final de la II Guerra Mundial, hace casi ocho decenios.

Pero las invasiones y las guerras son más protagonistas de la Historia que los períodos de paz. Y, más allá de Europa, el mundo ha vivido guerras muy recientes, como en Corea o Vietnam, en Oriente Medio, en Afganistán, el continente africano o en América central y del sur. De nuevo, pues, nada novedoso salvo para nuestra insignificante experiencia vital.

Como es natural, no pretendemos minimizar los enormes costes humanos, materiales y morales de la guerra. La humanidad ha intentado establecer cauces y mecanismos para evitarlas, porque nada compensa el sufrimiento y la destrucción que provocan. Y la condena moral de las guerras de agresión se ha ido generalizando como pauta de comportamiento entre países independientes y soberanos, creando instituciones multilaterales orientadas a prevenir y minimizar los conflictos. Es una constante de nuestra Historia, desde la llamada “pax romana”.

Pero esa constatación no hace que estemos ante un acontecimiento especialmente extraordinario. Lo extraordinario ha sido la paz y el respeto al derecho internacional. Y por ello, es tan importante preservarlos. Pero, desgraciadamente, la agresión rusa no ha sido la primera y no será la última. Desarrollaremos esa circunstancia con más detalle luego, pero sí que es evidente que ha venido a

agudizar los problemas económicos y sociales que ya existían, particularmente desde el lado de la oferta, y que ha acelerado ciertas tendencias ya preexistentes del devenir del nuevo escenario geopolítico.

Sin embargo, no parece -al igual que la pandemia- que esté alterando sustancialmente la evolución de las grandes “macrotenencias” que podíamos ir observando con anterioridad.

Simplificando un poco, podemos identificar cinco de ellas: la evolución demográfica, la revolución digital, la transición energética y medioambiental, la globalización y el desplazamiento del centro de gravedad del planeta desde el Atlántico al Indo-Pacífico. Vayamos por partes.

Sobre la evolución demográfica, desde las revoluciones industriales y científicas del siglo XVIII, el crecimiento neto de los habitantes de la tierra ha evolucionado en progresión casi geométrica. La disminución de la mortalidad infantil, el alargamiento de la esperanza de vida o las mejoras sanitarias e higiénicas explican esa progresión, lo que provoca grandes bienes como una vida más larga y saludable, pero que genera también desafíos claros desde el punto de vista económico. Ya Malthus expresó su preocupación al respecto (afortunadamente no tenía razón). Pero está, por ejemplo, en el origen de la política de “hijo único” propiciada por China hace décadas, y que, al final, se está mostrando como un gravísimo error.

La globalización ha generado, en términos globales, grandes incrementos de los niveles de vida lo que ha permitido que la mortalidad infantil haya disminuido drásticamente y que la vida se alargue sustancialmente. Esos fenómenos han llevado a una previsión de que, en este siglo, llegaremos a los 10.000 millones de habitantes, siguiendo con las tendencias observadas.

Sin embargo, el propio incremento del nivel de vida y profundos cambios culturales han provocado -con distinta intensidad según las regiones- una disminución drástica de la natalidad que, en

muchos países, ha caído ya por debajo de la tasa natural de sustitución. Es así en Europa, en Japón, Rusia o ahora ya en China y es un fenómeno que se extiende muy rápidamente a otros lugares. No tanto, de momento, en Estados Unidos (por la inmigración) o en América Latina, pero sí que se empieza a mostrar también en buena parte de Asia (de momento, con la clara excepción del subcontinente, donde vemos ya a India como el país más poblado del planeta (junto al dinamismo demográfico en Paquistán o en Bangladesh) y, desde luego, en África subsahariana. África es ya el gran protagonista demográfico y las progresiones indican que va a seguir creciendo espectacularmente a lo largo del presente siglo, gracias a las mejoras sanitarias como al mantenimiento, de momento, de pautas de comportamiento cultural favorables a la natalidad.

Todo ello, como es natural, va a afectar enormemente -está afectando ya- a la intensidad y ubicación de los flujos migratorios tanto a nivel regional como global, con especial incidencia en Europa.

En cualquier caso, todo indica que, llegados a ese pico de los 10.000 millones, la población global va a comenzar a descender -como tendencia natural y al margen de guerras y devastaciones catastróficas- por primera vez en la Historia de la Humanidad y que Europa, Japón o China van a ser claros exponentes de ese declive demográfico que tiene enormes implicaciones.

Más allá de las transformaciones sociales y de las formas tradicionales de organizarnos (clanes, tribus o familias), aparece en primer término un enorme desafío: la sostenibilidad de sistemas de bienestar y solidaridad intergeneracional basados en pirámides demográficas que están cambiando drásticamente. En el caso de Europa, ello es especialmente visible en el futuro de sistemas públicos de pensiones o en el coste de nuestros sistemas sanitarios.

Sobre este tema, podríamos desarrollar ahora muchos argumentos. Pero basta con resaltar de manera clara que la evolución

demográfica es una de las grandes macro tendencias que no podemos obviar si queremos un mundo capaz de atender las necesidades básicas de todos. Y eso viene de antes, prosigue ahora y se intensificará aún más en el futuro inmediato y a medio plazo.

Otro fenómeno macro tendencial es el que se deriva de la revolución tecnológica que asociamos a la digitalización. Se trata de una revolución mucho más profunda y vertiginosa que las protagonizadas por las grandes invenciones del pasado (de la rueda al dominio del fuego) o las revoluciones industriales occidentales iniciadas en Inglaterra en la segunda mitad del siglo XVIII y que han marcado la hegemonía de Occidente (ya iniciada con los Grandes Descubrimientos y el dominio de las tecnologías de navegación) desde entonces.

Hoy, esa nueva revolución industrial -la cuarta, después de la máquina de vapor, la electricidad y la computación- está cambiando muy profundamente no sólo nuestras capacidades productivas sino también, como veremos más adelante, el concepto de hegemonía global y el escenario geopolítico.

Sus consecuencias son inconmensurables: políticas, sociales, económicas, culturales y, también, morales. Y el cambio es tan vertiginoso que hace particularmente difícil aventurar previsiones sobre cómo va a ser nuestro futuro y el de toda la Humanidad en todos esos ámbitos.

Tal análisis está fuera de la capacidad del autor y del propósito de estas páginas, pero sí que cabe destacar que estamos ante el fenómeno más disruptivo que hayamos conocido nunca con anterioridad. En lo político, por sus efectos sobre la democracia representativa o la sostenibilidad de los sistemas políticos; en lo económico, por su impacto sustancial en los mercados de bienes y servicios o de trabajo y de capitales;

En lo social, por las transformaciones en los hábitos y pautas de comportamiento relacional, que implican brutales cambios culturales (ante un acceso a masivas cantidades de información, con el enorme riesgo de que tengan claros sesgos orientados a dirigir los comportamientos de los individuos y de las colectividades), lo que nos lleva a profundísimos y no resueltos dilemas morales que afectan a la naturaleza de la libertad individual, la igualdad de derechos o la solidaridad en nuestras sociedades.

Consecuencias que es muy difícil exagerar, porque son de una profundidad absolutamente extraordinaria y novedosa. Y, lo que es más inquietante, absolutamente impredecibles y mucho más determinantes para nuestro futuro que acontecimientos puntuales, por importante y graves que sean.

La transición energética y medioambiental es otra de las macro-tendencias imparables que debemos contemplar y que, hoy, ante la evidencia del cambio climático, constituye un desafío global en el que nos jugamos el futuro del planeta y el de nuestros descendientes.

Las evidencias sobre el cambio climático son cada vez más concluyentes. La tierra está sometida a un calentamiento global que se refleja en los deshielos de los Polos o de glaciares hasta ahora perpetuos en las grandes cordilleras. Y que está teniendo ya y más va a tener en el futuro consecuencias geopolíticas de enorme magnitud. Baste como ejemplo el deshielo del Ártico, la apertura de nuevas rutas marítimas, la potencial explotación de ingentes recursos energéticos y minerales y la disputa por el control de la zona, incluidos los posicionamientos militares.

Y parece cada vez más claro que la emisión de gases de efecto invernadero como el CO₂ o los NO_x tiene mucho que ver. En su mayor parte, están provocados por la actividad humana y la utilización masiva de combustibles fósiles, mediante un sistema de generación y consumo energéticos que no es sostenible si queremos

legar a nuestros descendientes un medio ambiente limpio y que preserve desde la biodiversidad a la pervivencia de nuestros sistemas alimentarios. Es una clara responsabilidad de las actuales generaciones. Si no, será demasiado tarde.

Por todo ello, hay cada vez mayor consenso en la necesidad de reducir emisiones y de “descarbonizar” nuestro sistema energético un consenso que se está reflejando en compromisos internacionales -no sin enormes obstáculos e incumplimientos- como los llamados Acuerdos de París -que avanzan penosamente-, después del fracaso del Protocolo de Kioto.

Obviamente, son compromisos que requieren de la implicación activa de los grandes emisores -China, Estados Unidos, Europa, India o Rusia- y de aquellos países que garantizan “pulmones” como la Amazonia (especialmente Brasil, pero también Perú, Colombia, Venezuela, Bolivia o Ecuador) y que sólo serán efectivos si se articulan en el ámbito global. El medio ambiente es un bien público global, como la libre circulación marítima, la lucha contra las pandemias, la paz o el uso cooperativo del Ártico o la Antártida. Son temas que requieren de una gobernanza global, hoy difícil de implementar, dadas las tensiones crecientes en el escenario geopolítico, pero imprescindible si queremos tener un mundo habitable y que garantice el futuro de las generaciones venideras.

En cualquier caso, más allá de lo dicho, existe un consenso creciente sobre el qué: mejorar nuestro medio ambiente (los microplásticos en los mares y océanos constituyen un problema enormemente serio) y “descarbonizar” nuestras economías, reducir drásticamente las emisiones de efecto invernadero y transformar profundamente nuestros sistemas energéticos. El problema surge cuando nos planteamos el “cuándo” y el “cómo”.

Ello es así porque no se trata de un objetivo fácil ni barato. Ni tampoco exento de consideraciones políticas. Es algo de una enorme complejidad y que debe alejarse de apriorismos ideológicos

y aplicarse con realismo social y político. Y, desde luego, viendo como se distribuyen los costes entre los ciudadanos y los diferentes países.

Entre otras consideraciones, es cierto que los países desarrollados lo somos en buena medida gracias a un modelo energético que ahora vemos como insostenible y que queremos transformar radicalmente. Pero los países en vías de desarrollo plantean –no sin razón– que ir hacia modelos alternativos supone un coste adicional, para resolver un problema que ellos no han creado. Y que es injusto que se les niegue lo que nosotros, en cambio, hemos mantenido durante mucho tiempo. El corolario es claro: quién ha generado el problema, que pague su solución. No se trata sólo, pues, de acometer el cambio –con los costes internos que ello supone– sino de compensar a los que se están incorporando al desarrollo económico y a quienes se les pide que lo hagan con un modelo alternativo. Desde luego no es un dilema sencillo. Muchos países, hoy por hoy, no pueden prescindir de los combustibles fósiles sin un largo y costoso proceso de transición que no pueden económicamente asumir.

Pero, además, las crisis recientes nos muestran la imposibilidad de hacer una transición rápida también para los países desarrollados y que no son autosuficientes desde el punto de vista energético. La dependencia y la vulnerabilidad de determinados suministros hoy por hoy difícilmente sustituibles a corto plazo se ha puesto de manifiesto con toda su crudeza ante el uso de las exportaciones energéticas como arma geopolítica. El ejemplo de Rusia es paradigmático, pero también la posición estratégica de países como los del Golfo (incluyendo, por supuesto, Arabia Saudita pero también Irán) o Venezuela o el Norte de África se ha visto reforzada, incluso obviando –en un ejercicio de clara hipocresía– los clamorosos déficits democráticos y de derechos humanos que caracterizan a todos ellos.

Prescindir del gas, del petróleo o, incluso, del carbón (o conseguir proveedores alternativos a los existentes) no es tan fácil ni inmediato. Los problemas de Europa, por la dependencia energética de Alemania y otros países, como producto de profundos errores estratégicos, es un ejemplo paradigmático.

Mucho de lo que está sucediendo tiene que ver con la creencia de que la hiperglobalización y los intereses compartidos iban a evitar tentaciones geopolíticas agresivas. No está siendo así.

Y también tiene que ver con la apuesta incondicional por las fuentes de energía renovable, “demonizando” el gas o la energía nuclear y condenando sin reservas el uso del carbón. Nadie sensato puede discutir que el futuro pasa por un uso masivo de energía renovable, aprovechando la fuerza del agua, del viento o del sol, o la potencialidad del hidrógeno o de los biocombustibles. Sin embargo, hoy por hoy, la tecnología existente limita extraordinariamente la capacidad de almacenaje y pone de manifiesto la dependencia de fenómenos naturales como las sequías, la ausencia de viento o de sol y, por lo tanto, su carácter no estable. Ello implica disponer, para asegurar el suministro, de capacidad instalada de reserva que, al día de hoy, sólo proporciona la tecnología nuclear o la basada en ciclos combinados de gas o, incluso, con centrales térmicas alimentadas con carbón.

Por ello, un debate serio, sereno y, en la medida de lo posible, “desideologizado” es imprescindible. Reabrir la posibilidad de las tecnologías nucleares o, por lo menos, de la continuidad de las centrales existentes, parece de sentido común y en ello están cada vez más países que, como Japón o Alemania, están reconsiderando no sólo el cierre anticipado de las mismas sino incluso la construcción de nuevos reactores.

Es cierto que la energía nuclear basada en la fisión de moléculas complejas, como el uranio o el plutonio, tiene efectos que conviene no obviar. Se habla siempre de la seguridad y del riesgo

de accidentes que generen emisiones letales de radioactividad para la vida. Sin embargo, la tecnología es muy segura y los incidentes producidos han sido debidos a graves fallos de mantenimiento (como en Chernóbil) o a catástrofes impredecibles como el enorme tsunami que afectó a la central japonesa de Fukushima. Ahora vemos también el riesgo en la central ucraniana de Zaporíyia por su uso criminal como arma de guerra. Pero hay una gran cantidad de reactores en uso por todo el planeta que han funcionado y funcionan sin el menor problema.

No es menos cierto que las grandes centrales requieren de costosas inversiones que hay que amortizar. Y que, sobre todo, generan residuos de alta actividad radiactiva que, sin embargo, los avances tecnológicos van a poder reducir en el futuro y que existen, mientras tanto, procedimientos seguros de almacenaje.

Pero también es verdad que el coste variable de producción es muy pequeño y que no emite gases contaminantes. Más allá de todo ello, se está abriendo la posibilidad de minirreactores (que minimizan la inversión y los residuos) o, desde luego, las enormes potencialidades que abre el futuro desarrollo comercial de la energía de fusión de moléculas simples como el hidrógeno, que no genera residuos y que es inagotable como materia prima.

No es pues un debate que quepa simplificar arguyendo confusas motivaciones ideológicas, muchas veces derivadas de la oposición a las armas nucleares y la necesidad de evitar su proliferación y, si es posible, llegar a su progresiva eliminación o reducción (algo no imposible, como lo demuestran los tratados limitativos al respecto entre Estados Unidos y la Unión Soviética, durante la Guerra Fría de la segunda mitad del siglo pasado).

Hay muchas otras vías que también pueden explorarse: el llamado “hidrógeno verde” (hoy tecnológicamente aún en ciernes)

es una de ellas. Además, podrían usarse (no sin inversiones significativas) las infraestructuras de distribución hoy ya existentes para el gas natural.

Pero también es debatible la apuesta “acrítica” por las renovables, obviando que muchas de sus desarrollos (eólica, termosolar, fotovoltaica) dependen de suministros esenciales que hay que adquirir en los mercados internacionales. Hablamos de minerales metálicos, gases nobles o tierras raras que se concentran geográficamente en determinadas regiones y que implican, por consiguiente, una compleja problemática geopolítica. La dependencia de los países exportadores de combustibles fósiles va a disminuir, sin duda, en el medio y en el largo plazo, pero va a incrementarse la dependencia -y la vulnerabilidad- de otros países productores, procesadores y exportadores de esos “inputs” imprescindibles. Por ello, es difícilmente comprensible la oposición “ideológica” a las actividades mineras, olvidando que dependemos de ellas en otros países no necesariamente afines ni fiables como suministradores.

En definitiva, mucho aún que discutir sobre el “cómo” y el “cuando” y sobre un reparto razonablemente equitativo de los costes inevitablemente asociados. Pero la macrotendencia está ahí y es imparable, porque no conseguir el “qué” es algo que, como género humano, no podemos permitirnos, al margen de vicisitudes concretas y acontecimientos específicos.

Nótese que todo lo dicho nos lleva al concepto de globalización y a otra de las macrotendencias que determinan nuestro presente y nuestro futuro.

Evidentemente, hablamos de la globalización iniciada el siglo pasado con la generalización del libre comercio, la interdependencia entre países, la difusión tecnológica y la progresiva convergencia de productividades. Pero fenómenos globalizadores ha habido muchos a lo largo de la Historia. Ciertamente parciales desde el punto de vista geográfico pero, desde luego, no desdeñables. Los

imperios romano o chino o en torno a Mesopotamia son buenos ejemplos. El Imperio romano, por citar uno que nos atañe muy de cerca, propició una lengua común, un nudo de comunicaciones vertebrador, un derecho civil y mercantil o una institucionalidad política de los que somos hoy aún tributarios y que cubrió todo el entorno del Mediterráneo, pero que luego se ha proyectado en muchas otras regiones del mundo. El Imperio español (con el Galeón de Manila como expresión inequívoca) propició una globalización (concretada con la vuelta al mundo de Magallanes y Elcano) que permitió una visión conjunta del planeta como nunca antes habíamos tenido. O el Imperio británico y su extensión natural en la hegemonía de Estados Unidos, que ha supuesto el uso generalizado del inglés como “lingua franca”, la extensión de sus usos jurídicos o la visión “occidental” en los valores asociados a la democracia, la libertad o los derechos humanos o, más recientemente, el multilateralismo y la institucionalizan de esquemas de gobernanza global, hoy cuestionados por los que no aceptan dichas reglas del juego y que plantean evidentes desafíos geopolíticos.

Por no hablar de la globalización a través de la religión. Las monoteístas sin ninguna duda, pero también otras de enorme importancia como las originarias de Asia. La religión compartida, más allá de los sangrientos conflictos muy a menudo ligadas a su expansión, ha supuesto un fenómeno globalizador indiscutible, al basarse en creencias y valores comunes más allá de las comunidades de origen.

Pero no es objeto de estas líneas avanzar y profundizar en esas disquisiciones históricas. Hablamos de la macro tendencia reciente que podemos definir como “hiperglobalización”.

Se trata de un fenómeno que se basa en la convicción de que el libre comercio es un juego de suma positiva que supone beneficios para todos y que el multilateralismo es el marco adecuado para

su pleno desarrollo. Además, se suponía que la creciente interdependencia entre economías y países iba a propiciar un mundo más orientado a la cooperación y el intercambio que a la confrontación geopolítica. El momento culminante fue el apoyo entusiasta a la entrada de China en la Organización Mundial del Comercio a principios del milenio, asumiendo que supondría compartir reglas y principios universales y entrando en un círculo beneficioso.

El resultado ha sido que, durante las últimas décadas, nos hemos acostumbrado a poder acceder a los inputs necesarios para la producción, en cualquier lugar del planeta y en los términos más competitivos y, por lo tanto, poder vender productos y servicios allí dónde generen mayores ganancias, en un mercado cada vez más eficiente y competitivo. Es lo que denominamos “cadenas globales de valor”. Una concreción de esta realidad es la generalización en los procesos productivos del “just in time”, minimizando los inventarios y los costes y maximizando beneficios. Sectores como el de la automoción son ejemplo paradigmático. Y ha tenido consecuencias muy favorables para el crecimiento global y su impacto en la población mundial. Y otra concreción, no menos importante, ha sido un proceso de deslocalización productiva y de aprovisionamientos buscando aquellas ubicaciones y orígenes más competitivos en términos de coste, descontando los gastos logísticos y de transporte y distribución que, a su vez, con el crecimiento exponencial del comercio marítimo, han sido también muy competitivos. Pero que también nos han mostrado sus limitaciones, incluso físicas, como el bloqueo del Canal de Suez por un incidente en el mismo, el cierre de Shanghai como resultado de las políticas chinas de “Covid Cero”, el déficit de contenedores o el impacto de las sequías sobre los grandes ríos navegables.

La globalización es causa, en gran medida, de la mejora sustancial de las condiciones de vida en muchos lugares del planeta

condenados históricamente a la pobreza, la miseria y la precariedad vital. El balance general es claramente positivo.

Es cierto, también, que esa redistribución del crecimiento y de la producción y el origen de los inputs ha implicado, para los países desarrollados pérdidas relativas de renta y riqueza y ha generado la sensación, real o percibida, de “perdedores” de la globalización en capas importantes de sus clases medias y trabajadoras, incrementando la senda de desigualdad social en muchos casos, limitando la movilidad asociada al “ascensor social” o generando temores de pérdida de posiciones anteriormente conseguidas. Ello ha generado un sentimiento contra el libre comercio y contra los flujos migratorios (que se ven como una amenaza al empleo existente y a las condiciones de su remuneración). Los populismos de diferente signo que afectan a nuestras democracias o que impiden su consolidación en países emergentes se alimentan en buena medida de todo ello, convirtiendo en discurso político ese malestar y que se refleja en el regreso de los nacionalismos identitarios y anticosmopolitas, la xenofobia y la identificación de factores externos como los enemigos a batir como origen de nuestros males, cuestionando así los principios de la democracia liberal y representativa y que suelen venir acompañados de la defensa de la primacía del poder ejecutivo frente a la soberanía parlamentaria y la independencia del poder judicial. Sin olvidar los ataques a la libertad de prensa y de expresión como instrumento para “preservar” un orden social que ahora se ve perturbado e introduce temor e inseguridad.

El reto político para las democracias es, pues, enorme y obliga a una reconsideración de las políticas públicas que aminoren la desigualdad y establezcan mecanismos de compensación hacia los “perdedores” del proceso, para mantener los contratos sociales que han fundamentado la consolidación de nuestros sistemas democráticos, mediante una adecuada distribución de la riqueza que

tuviera en cuenta los intereses de todos y que, por lo tanto, tuvieran un carácter inequívocamente inclusivo.

Como consecuencia, el reto es, por supuesto, también económico. Y, si bien, el fenómeno populista y antiglobalizador es previo a los últimos acontecimientos (como la pandemia o la guerra en Ucrania) y tiene explicación en las crisis del 2008 y del 2011 (que afloraron muchos de esos fenómenos hasta entonces latentes), las disfunciones y cuellos de botella en las cadenas de valor globales provocados por dichos acontecimientos, han puesto aún más de relieve la necesidad de “repensar” esa “hiperglobalización”, ya que impacta directamente sobre la correlación de fuerzas en el escenario geopolítico.

La idea de que las cadenas globales de valor se establecían en marcos competitivos y abiertos se ha visto profundamente cuestionada por las posiciones oligopólicas de muchos suministradores, tanto de materias primas como de productos intermedios imprescindibles para la producción.

Tal posición se convierte en una fuente de poder, de presión o, incluso, de extorsión (como vemos con el gas procedente de Rusia y que se vende a buena parte de Europa) y muestra una capacidad de aplicar esquemas de posición dominante y del abuso de los mismos. La consecuencia es lo que los economistas denominamos “shocks desde el lado de la oferta” a los que ya nos hemos referido.

Hablamos de los precios y de las garantías de suministro de las materias primas energéticas basadas en combustibles fósiles, pero también de otras cada vez más esenciales (derivadas de la digitalización o de las fuentes de energía renovable), como minerales y metales como el cobre, el cobalto, el litio, el titanio, el uranio o el plutonio, pero también de gases nobles o de las llamadas “tierras raras” y cuya distribución geográfica en el planeta es muy desigual.

Estamos acostumbrados, desde los años setenta, al desplazamiento del poder de mercado desde los países consumidores a

los exportadores de hidrocarburos como el gas o el petróleo. Pero estamos ya observando nítidamente cómo Australia (gran potencia minera), países de África (como la República Democrática del Congo) o de América Latina (de Chile al Perú o Bolivia) van a tener cada vez mayor protagonismo. Sin olvidar el liderazgo de China en el origen y capacidad de procesamiento de buena parte de las “tierras raras” relevantes para la economía. La demanda de todo ello puede multiplicarse exponencialmente en los próximos años y es difícil exagerar la trascendencia de ello y sus consecuencias en el escenario geopolítico.

La búsqueda de alianzas, la voluntad de diversificación de proveedores y el regreso a la explotación de recursos propios son pautas de comportamiento absolutamente imprescindibles y que deben formar parte de estrategias bien definidas en las que la colaboración público-privada y la labor política ante las opiniones públicas van a ser claros factores de competitividad relativa entre países.

De ahí, el regreso a políticas industriales destinadas a paliar lo que ahora se percibe claramente como una excesiva dependencia de proveedores no fiables o seguros, la reconsideración de las reservas estratégicas o la relocalización productiva, basada en conceptos como “nearshoring” o “friendshoring”. Algo que vale no sólo para las materias primas sino también para componentes intermedios esenciales que incorporar tecnologías avanzadas, como los microprocesadores, o tradicionales pero caracterizadas por un intenso proceso de deslocalización, como los fertilizantes, y que afectan profundamente a los flujos alimentarios que vuelven a poner de relieve asegurar su suministro y su distribución para evitar hambrunas de consecuencias sociales y políticas absolutamente impredecibles en su alcance.

A todo ello, debemos añadir otro fenómeno sustancial: el llamado “decoupling”, que afecta el núcleo del concepto de “hiper-globalización” y de la generalización de las cadenas globales de valor. El progresivo enfrentamiento holístico en su pugna por la hegemonía global entre Estados y China (y sus respectivos afines) está provocando restricciones en aquellos intercambios que se consideren básicos para lograr o mantener la supremacía tecnológica. Esto será objeto de desarrollo en las páginas siguientes, pero la progresiva limitación del comercio de productos tecnológicamente sensibles (mucho más importante que las tradicionales medidas proteccionistas de índole básicamente comercial), nos lleva a un “desacoplamiento” entre bloques cada vez más distanciados y enfrentados. Ya no hablamos de la vuelta del proteccionismo más o menos burdo (como el protagonizado por el anterior Presidente norteamericano) sino de algo más profundo. Se trata de limitar la capacidad tecnológica del adversario privándole de componentes básicos para ser competitivos en este sentido.

La crisis de los microprocesadores puede servirnos de ejemplo. Se trata de productos nanométricos cada vez más sofisticados e imprescindibles para todo tipo de productos cotidianos, pero también básicos para la industria de defensa, o el dominio del espacio y el ciberespacio. Por razones básicamente económicas, se ha producido una concentración de la producción en determinados países del Pacífico, como Taiwán, sobre todo, o Corea del Sur, Singapur y, en menor medida, Japón o China (cuyas demandas son muy superiores a su capacidad de oferta). Estados Unidos y Europa han ido abandonando su producción para centrarse en su diseño y en su demanda creciente. Más allá de las distorsiones derivadas de la pandemia y de los desplazamientos de demanda de los mismos, es un caso diáfano de la rigidez relativa de la oferta frente a demandas mucho más elásticas. Incrementar su producción requiere de enormes inversiones y de tiempo sustancial para materializarlas y ha

puesto de relieve su relevancia estratégica (que tiene mucho que ver con los acontecimientos en torno a Taiwán, la reivindicación de China y la posición de Estados Unidos en el Pacífico y en el mundo). El dominio sobre la producción de microprocesadores y su suministro, más allá de políticas activas de relocalización de dicha actividad, se convierte en algo más estratégico que nunca. Un "de-coupling" tendría extraordinarias consecuencias.

Todo ello, sin embargo, no significa que estemos ante la desaparición de la globalización como macrotendencia. Pero, inevitablemente, por el nuevo escenario geopolítico, será distinta. Lo estamos viendo con la parálisis práctica de la Organización Mundial del Comercio y las restricciones crecientes al libre comercio. Será una globalización "compartimentada" entre bloques afines y en disputa por el acceso a los inputs y a productos intermedios esenciales. El mundo, sin duda, va a salir perdiendo, al reducir mejoras de productividad, aumentar costes y limitar mercados. Pero es el resultado de la última macrotendencia a la que vamos a referirnos: la que se deriva del desplazamiento del centro de gravedad geopolítico desde el Atlántico al Indo-Pacífico y una nueva y creciente "Guerra Fría" por la hegemonía global entre la potencia incumbente -Estados Unidos- y la emergente y desafiante, China.

Todas estas macrotendencias están, pues, profundamente interrelacionadas y se influyen entre sí. Pero, en definitiva, como siempre en la Historia de la Humanidad, hablamos de poder y de hegemonía en un permanente regreso de la famosa "trampa de Tucídides", el gran historiador de la Grecia clásica, quien analizando las guerras del Peloponeso entre Atenas y Esparta, defendió la tesis de que cuando una potencia emergente amenaza la hegemonía de la existente, al final, el conflicto se hace inevitable. Y así ha sido en buena parte de la Historia. Pero ahora, cuando hablamos de enormes potencias militares dotadas de arsenales nucleares y convencionales enormemente destructivos, hablamos de que caer en la

“Trampa” sería equivalente a la destrucción de la Humanidad tal como la conocemos. Por ello, el análisis geopolítico es más necesario que nunca para identificar la manera de evitarlo y que la Humanidad pueda vivir en paz.

De hecho, venimos de un período especialmente peligroso: la “Guerra Fría” entre los dos bloques encabezados por Estados Unidos -el bloque occidental- y por el bloque soviético liderado por la URSS. Una confrontación bipolar que duró desde el final de la II Guerra Mundial (en la que eran aliados contra las potencias militaristas del Eje) hasta la caída del Muro de Berlín en 1989 y el subsiguiente colapso por implosión de la Unión Soviética en las Navidades de 1991. Cuatro décadas y media en las que el mundo vivió bajo el “equilibrio del terror” y la “destrucción mutua asegurada”, al disponer ambos bloques del armamento nuclear. Algo que, por otra parte, impidió -aunque hubo momentos de enorme riesgo, como en la llamada crisis de los misiles de Cuba en 1962-, que se consumara la Trampa de Tucídides.

Era, pues, un “equilibrio” no exento de grandes tensiones, incluidas las bélicas, con guerras en el Pacífico, en Oriente Medio, en África o en América central y del sur, y que podían interpretarse en gran medida en clave de pugna bipolar.

Una pugna tampoco exenta de “cambios de bando” (siendo paradigmático el de Egipto) o derrotas en el campo de batalla (como en Vietnam o Afganistán), golpes de Estado y una continuada voluntad de minar la unidad del bloque antagonista. La actuación de fuertes Partidos Comunistas en Europa Occidental o la histórica entente entre China y Estados Unidos, para hacer una “pinza” a la Unión Soviética, son ejemplos paradigmáticos.

En cualquier cosa, era una confrontación holística en la que los planteamientos ideológicos jugaban un papel central, contraponiendo modelos políticos, económicos, sociales e internacionales abiertamente opuestos.

Hablamos de democracias vs dictaduras del proletariado, economías de libre mercado vs economías de planificación centralizada y propiedad pública de los medios de producción, sociedades abiertas vs control totalitario de la sociedad desde el poder político y, también, de una visión internacional basada en el libre intercambio y el multilateralismo vs el objetivo de guiar, desde la URSS, la transición desde el capitalismo al socialismo.

Esta confrontación fue aminorando con el tiempo, en el terreno internacional. El progresivo avance del concepto de “coexistencia pacífica”, después de la confrontación directa de la época de Stalin y Kruschev, contribuyó a ir rebajando tensiones. Una buena muestra de ello fue la Conferencia -luego, Organización- de Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE), firmada por todos los países europeos, además de Estados Unidos y Canadá, es decir, la OTAN, el Pacto de Varsovia y los países denominados “neutrales” o no integrados en ambas Alianzas, como España, en 1975, en plena Guerra Fría. La aceptación de principios tales como la inviolabilidad de las fronteras, el respeto a la integridad territorial de los Estados o la no injerencia en asuntos internos, implican una visión más “estática” de la seguridad, renunciando al uso explícito de la fuerza para posibilitar cambios políticos.

Es cierto, también, que más allá de ambos bloques, existían muchos terceros países que no se identificaban con ninguno de ellos. Algo que llevó a la creación del Movimiento de Países No Alineados (aunque, en general, más escorados al bloque soviético que al occidental), que incluía naciones como India, Egipto, Yugoslavia, la mayoría de países asiáticos, africanos y algunos latinoamericanos. Un fenómeno que resurge en la actual situación geopolítica, aunque de forma distinta.

En definitiva, en cualquier caso, el mundo bipolar era el elemento central del escenario geopolítico de la segunda mitad del siglo pasado. Como vemos ahora aún de forma trágica en Ucrania,

los efectos de su aparente final con la desaparición de la Unión Soviética, después de la caída del Muro de Berlín, siguen perdurando. Probablemente porque es una guerra, aunque fuera “Fría”, que inusualmente termina con el arsenal del adversario intacto. Pero es innegable que se abrió una nueva etapa que, después de la indiscutible victoria de Occidente, parecía caracterizada por un nuevo mundo unipolar en el que la única superpotencia era Estados Unidos.

Para muchos, eso iba a generar la asunción de los principios liberales en el resto del mundo no occidental, ante la clara supremacía de sus valores frente a los que representaba el bloque derrotado. En un mundo formado por democracias, economías de libre mercado y sociedades abiertas, y multilateralismo cooperativo, todo podría resolverse a través de la colaboración y la negociación pacífica de los eventuales conflictos: es lo que Fukuyama llamó “el Fin de la Historia”. Tal planteamiento era aplicable incluso en conflictos bélicos. La Comunidad Internacional sería garante del respeto al derecho internacional, aunque fuera a través del recurso a la fuerza amparado por Naciones Unidas. Tal fue el caso con la invasión de Kuwait por Irak en 1991 (la llamada “primera Guerra del Golfo”). Una coalición liderada por Estados Unidos y con el aval multilateral hizo retroceder a las tropas iraquíes a sus fronteras y estableció las condiciones para que tal agresión no pudiera repetirse. Fue la culminación de ese pretendido “nuevo orden”.

Pero la Historia se tomó su revancha bien pronto. Una década después del final de la Guerra Fría, vimos como se atacaba a Estados Unidos en su propio territorio continental, por primera vez. Los ataques terroristas de raíz islamista radical el 11 de septiembre de 2001 hicieron caer el velo. Se trataba de un desafío frontal, violento y en toda regla al “nuevo orden”.

Los atentados tenían, además de su finalidad criminal y destructiva, un contenido altamente simbólico para calibrar la magnitud del desafío. Fueron ataques dirigidos al poder económico norteamericano (representado por las Torres Gemelas neoyorquinas), al poder militar (con el Pentágono como objetivo) y al poder político (el Capitolio que, según todos los indicios, era el objetivo del tercer avión que se estrelló en Pensilvania por el motín de los pasajeros). Nada casual, sino muy bien planificado no sólo para hacer el mayor daño posible sino para expresar el rechazo sin paliativos a esa nueva situación.

Los atentados cambiaron el mundo, en la medida en que la respuesta de Estados Unidos (con apoyo internacional generalizado) fue asumir como principal finalidad de su estrategia global, la llamada “Guerra contra el Terror”, allí dónde se considerara necesario. La intervención militar en Afganistán (culminada con un fracaso estrepitoso y una retirada vergonzante que ha supuesto el retorno al pasado previo a la misma) es el principal e inmediato efecto. Y que iba a tener continuidad con la invasión de Irak y en la involucración en todos los complejos conflictos de Oriente Medio, saldados también de forma muy negativa para los intereses norteamericanos.

Hemos comprobado como Estados Unidos es capaz de ganar guerras (en Afganistán, con la caída del régimen talibán y la huida de Al Qaeda; o en Irak, con la caída del régimen de Sadam Hussein), pero que fracasa completamente a la hora de implementar la situación de posguerra. La incompreensión de las características sociales y culturales de esos países, intentando construir ex novo su futuro desde el prisma occidental y a nuestra imagen y semejanza, ha sido un error de primera magnitud. Y no sólo ha vuelto el terrible y ominoso régimen talibán sino que el terrorismo islamista -incluyendo el nuevo fenómeno del Daesh o Estado Islámico, en

contraposición con Al Qaeda- ha expandido su influencia geográfica (en Asia o África) más que nunca y ha permitido que estados enemigos de Occidente, como Irán o Rusia y China, cobren ventaja geopolítica en todo Oriente Medio y en otras zonas de Asia y, sobre todo, de África. Es lo que sucede cuando Occidente piensa que los demás piensan como nosotros, obviando que ni tienen nuestra tradición judeo-cristiana, ni han vivido el Renacimiento, el Siglo de las Luces y la Ilustración, o las revoluciones industriales y burguesas que han marcado el destino y la naturaleza del mundo occidental. Son sociedades no basadas culturalmente en el individuo y su dignidad y derechos inalienables, sino en vínculos tribales, étnicos, religiosos o geográficos de lógica radicalmente distinta, ya que suponen una relación con el poder político basado en la jerarquía y su origen “divino” y no en la soberanía nacional, su limitación a través de la libertad política y la división de poderes o la garantía de los derechos personales frente a eventuales abusos o arbitrariedades del poder.

Cabe reconocer, en cualquier caso, que el desafío terrorista islamista no tiene la capacidad de destruir el orden establecido. Puede hacer mucho daño y minar la moral de nuestras sociedades, pero, más allá de cuestionarlo radicalmente, no tiene fuerza suficiente para imponer su propio “orden”.

El verdadero cuestionamiento al mismo, con capacidad para transformarlo, ha venido por otra vía, paradójicamente propiciada por la globalización liberal, que ha permitido la irrupción vertiginosa de nuevos poderes, que reivindican su papel y su peso en el nuevo escenario y que no aceptan a Estados Unidos como la gran superpotencia, capaz de imponer sus criterios, ni los valores occidentales que sustentan, junto con Europa y otras naciones libres, su visión del mundo.

Obviamente, la muestra paradigmática es China, aunque no la única. Cuando muere Mao, en 1975, se trata de una economía

irrelevante en un país mísero, de base agrícola muy atrasada y cerrada al resto del mundo. Nadie podía pensar que menos de medio siglo después, iba a tener un PIB en paridad de poder adquisitivo superior incluso al de Estados Unidos, aunque con una población cuatro veces mayor. Y en PIB nominal se prevé que alcance a Estados Unidos a finales de esta década.

Esta vertiginosa transformación se debe a las profundas reformas impulsadas por Deng Xiaoping, básicamente para reintroducir masivamente la economía de mercado y creando un formidable capitalismo de Estado, manteniendo al mismo tiempo una férrea dictadura del Partido Comunista. La época del “enriqueceos”, dirigida a crear una amplia clase media (pero también ricos) y del “tanto da gato blanco o negro, lo importante es que cace ratones” (dejando de lado la planificación centralizada y la propiedad pública de los medios de producción, aunque manteniendo una estructura política de naturaleza leninista, fuertemente centralizada y autoritaria).

Muchos en Occidente pensaron que estábamos ante un claro proceso de crecimiento económico que, al igual que en otros países de cultura occidental, iba a propiciar inevitablemente un proceso de democratización política y que la libertad económica y la apertura al exterior iba a provocar también un ansia imparable de libertad política.

Así lo pareció en algún momento, cuando dos secretarios Generales del PCCh -Hu Yaobang y Zhao Ziyang- intentaron democratizar el sistema. Pero tal ilusión desaparece después de la brutal represión de Tiananmen, en 1989, ordenada por Deng quién, sin cargo orgánico en el Partido pero presidiendo el Comité Militar Central, ostentaba de hecho el liderazgo real. Lo que estaba sucediendo en el bloque soviético inspiró a Deng, obsesionado por

mantener sus reformas económicas, pero, al mismo tiempo, convencido que para su control y consolidación la autoridad del partido único no podía ponerse en cuestión.

En cualquier caso, sí tuvo especial empeño en evitar situaciones como la de Mao, con el culto a la personalidad y sin límites temporales a su mandato. De hecho, se implantó una limitación a dos mandatos de cinco años y estableciendo mecanismos de sucesión que impedían que se repitiera lo sucedido. Algo que Xi Jinping ha cambiado radicalmente, regresando a la tradición maoísta, pero de inspiración en la longeva historia dinástica de la China Imperial, con un “emperador” indiscutido en la cúpula del poder.

Los ideólogos del Partido afirman que la nueva situación responde, pues, a la tradición política y cultural del país desde su configuración como sujeto político hace veintitrés siglos y que se inspira en el pensamiento confuciano sobre el poder, la jerarquía y la primacía de lo colectivo sobre el individuo. El resultado es que ese espectacular cambio económico se traduce políticamente en un control cada vez más totalitario de la sociedad y en un rechazo rotundo de los valores de las democracias liberales, consideradas como decadentes e incapaces de abordar con la misma eficacia los problemas de los ciudadanos, a diferencia -argumentan, aunque sea incierto, de lo conseguido por el régimen autoritario y antiliberal chino.

Tal proceso se ha ido acompasando a las circunstancias de cada momento. De hecho, Deng, autor de la teoría del “ascenso pacífico”, aconsejaba ir acumulando fuerzas, sin alardes, ganarse la confianza de Occidente y de la Comunidad internacional, y esperar el momento adecuado para explicitar su ambición,

Para Xi, ese momento ya ha llegado y ya no oculta el objetivo de ser una gran superpotencia global, incluso sustituyendo a Estados Unidos como la hegemónica. Un proceso de dos siglos, con el

sentido “oriental” del tiempo, y que tiene su origen en el llamado “siglo de la humillación”.

Un siglo que se inicia a mediados del siglo XIX, cuando China, habiendo perdido su secular superioridad tecnológica al no hacer la revolución industrial como Occidente, sufre la irrupción de las potencias europeas (y luego de Japón, que sí la hizo con la Restauración Meiji, en 1868, y de Estados Unidos, potencia emergente llamada a sustituir al Imperio británico como hegemónico), que forzaron la apertura de los puertos y las vías fluviales al comercio y fueron socavando la soberanía china, propiciando incluso guerras tan infames como las del opio. China se convirtió en un país sometido e invadido, empobrecido e inmerso en violentos conflictos internos y por una guerra civil posterior que no terminaría hasta la proclamación de la república Popular en 1949, después de la victoria sobre Japón y de los comunistas sobre los nacionalistas, que se vieron obligados a huir a la actual Taiwán.

Un siglo después del inicio de la humillación, China recuperaba así su soberanía. Pero nada invitaba a pensar que podía aspirar a recuperar también su hegemonía, ejercida durante siglos a través de las diferentes dinastías imperiales.

Ese es ahora su gran objetivo: Recuperarla a través de darle la vuelta a lo que posibilitó su decadencia: la tecnología. La revolución digital ha abierto un sinfín de posibilidades, desde la Inteligencia Artificial, el Big Data, el Internet de las Cosas, la Nube al Machine Learning, el Blockchain o el Metaverso, entre innumerables desarrollos que evolucionan vertiginosamente.

La pugna es fundamentalmente con Estados Unidos. Ambos países están haciendo enormes esfuerzos en I+D+i, la colaboración entre Universidad y centros científicos y tecnológicos y las empresas innovadoras, creando grandes compañías tecnológicas

que han dejado a las tradicionales compañías de telecomunicaciones jugando un papel secundario, aunque imprescindible por ahora en cuanto a la provisión de redes y transmisión de datos.

Estas empresas son completamente disruptivas de los anteriores modelos de producción y distribución y ejercen un poder de mercado que está obligando a los gobiernos (o a organismos supranacionales como la Unión Europea) a velar por las condiciones competitivas en los mercados y hacer un esfuerzo regulatorio de enorme trascendencia. La respuesta está siendo triple: desde la política antimonopolista en Estados Unidos, al control político en China o el poder regulatorio desde la UE. Una respuesta coherente con la visión de Internet como un espacio libre que espere la privacidad y la intimidad de los ciudadanos, así como el libre flujo de información e intercambio (con diferentes énfasis a ambos lados del Atlántico) y la visión cerrada y controlada de esos flujos por parte del poder político, como en China (o en países como Rusia, Irán o del Golfo Pérsico y otros).

En definitiva, un paso más hacia el “decoupling” al que hemos hecho referencia más arriba, pero que enmarca una pugna tecnológica en toda regla en la que China se inició absorbiendo y copiando tecnología occidental (a menudo con normas e imposiciones contrarias al espíritu de la Organización Mundial del Comercio, a la que pertenece) y, luego, con un enorme esfuerzo de generación endógena de tecnología. Una política que está suponiendo que, en determinados campos, incluso esté tomando la delantera.

Un “maratón de cien años” que aspira a que, un siglo después de la fundación de la República Popular, a mediados del presente siglo, China vuelva a ser la gran superpotencia hegemónica del planeta, sustituyendo a Estados Unidos.

Lógicamente, tal ambición contiene muchos otros componentes fundamentales más allá de la tecnología, incluyendo los avances geopolíticos a los que nos referiremos, con una proyección

global que rompe con la tradicional vocación de potencia terrestre que siempre tuvo. La penetración en África o América Latina o la voluntad de controlar el Pacífico se enmarcan en ese contexto. Y los medios son económicos y financieros, pero también el uso -o la amenaza del mismo- de la fuerza militar, que se proyecta a su vez hacia el espacio y el ciberespacio. Una pugna entre titanes y de resultado incierto, porque va a depender de la reacción norteamericana y del papel que pueda jugar Europa y otros actores relevantes del nuevo escenario.

Estados Unidos, después del brevísimo paréntesis unipolar, ha tenido que asumir que no puede aspirar a ser la autodenominada “potencia indispensable”, presente en todos los conflictos e imprescindible para su solución. La piedra de toque ha sido el fracaso de sus intervenciones militares en Afganistán e Irak y que han concentrado su atención y esfuerzos en detrimento de su presencia e influencia en el continente africano o en el propio continente americano, en beneficio, fundamentalmente, de China. El repliegue de Oriente Medio y de Asia Central y la voluntad de centrar su atención estratégica en su claro adversario global y, por lo tanto, en el Indo-Pacífico obliga a una recomposición de posiciones por parte de todos y, en particular, de Europa.

El conflicto en torno al Estrecho de Taiwán, vía de entrada al Mar del Sur de la China y en ese Mar (que China considera suyo, en detrimento del resto de países ribereños, con los que mantiene disputas territoriales y que está siendo objeto de una militarización creciente) nos lleva al Estrecho de Malaca, auténtico eje de gravedad de ese nuevo mundo y que, estratégicamente, es superior a los de Ormuz o Bab el Mandeb. Su control (o la capacidad para su bloqueo) es vital para la hegemonía global en disputa entre las dos grandes superpotencias.

Por otra parte, Estados Unidos tiene que redefinir su estrategia de alianzas. Y hacerlo con una división política interna que

aleja la posibilidad de grandes consensos. La doble visión tradicional entre aislacionistas e internacionalistas, se traduce ahora en discrepancias profundas en relación a la Alianza Atlántica o en su compromiso con los aliados en el Índico y el Pacífico. Un debate agudizado por el conflicto en Ucrania que comentaremos más adelante y que nos sirve de ejemplo del mismo.

En cualquier caso, no cabe subestimar la capacidad de Estados Unidos de hacer frente, en todos los terrenos, al enorme desafío chino. Pero la recuperación de su cohesión interna y del consenso en política exterior parecen requisitos imprescindibles.

Pero más allá de esa pugna bipolar, existen otros actores relevantes sin los que no es posible interpretar correctamente el nuevo escenario geopolítico. Y tampoco es posible hacerlo sin poner en la ecuación el llamado “Sur Global”, no directamente alineado, pero que tiene su propia estrategia y sus específicos y numerosos proyectos nacionales.

Entre los actores relevantes, cabe mencionar a Rusia, Irán, Turquía y, por supuesto, India. Y si avanza en su proyecto político de integración, la propia Unión Europea. Sin olvidar potencias occidentales como Reino Unido, Japón, Australia o Corea del Sur, que forman parte del concepto de Occidente, aunque tienen su propio camino. O Brasil y México, como principales países de América Latina, si decidieran proyectarse al exterior mucho más que ahora. Y con la incógnita de África Subsahariana, configurada en torno a tres posibles polos: Sudáfrica, Nigeria y, si resuelve sus gravísimos problemas internos, Etiopía. Es el llamado “Global South”, no alineado y que tiene sus propios objetivos estratégicos al margen de las grandes superpotencias.

Estos actores ambicionan el status de gran potencia, aunque sea de alcance regional, y no están exentos de altibajos en esa ambición. El caso de Rusia es el más emblemático. Al igual que Irán,

Turquía e India, Rusia fundamenta su proyecto nacional en su Historia imperial. Irán, con el Imperio Persa (con su perenne vocación de llegar al Mediterráneo), Turquía, con el Imperio Otomano (hegemónico en el mundo árabe de Oriente Medio y el Norte de África y puente entre Europa y Asia, con proyección hacia las naciones turcomanas de Asia Central y el Cáucaso) o India, recuperando el glorioso pasado hindú, previo al dominio musulmán y británico.

En el caso de Irán, desde una perspectiva islamista chiíta radical y antioccidental. En Turquía o India, jugando a la ambigüedad entre bloques y enfatizando su específico proyecto nacional, independientemente de las grandes superpotencias. Todo ello merecería una amplia explicación. Pero vamos a centrarnos en Rusia y su circunstancia.

La gran obsesión geopolítica de Rusia es la seguridad de sus fronteras, evitando invasiones sufridas en el pasado, tanto desde el este como del oeste. La respuesta está contenida en una frase atribuida a Catalina la Grande: “Para defender las fronteras de Rusia, hay que expandirlas”. Por ello, desde Pedro el Grande, Rusia ha querido controlar el Báltico y el Negro (para acceder a las “aguas calientes”), el Caspio, el Cáucaso y Asia Central, y extender su frontera desde el Mar del Japón a lo más hacia el occidente europeo. Paradójicamente, es la Unión Soviética, producto de la Revolución de Octubre, la que más se acerca a ese objetivo, llegando incluso a dividir Alemania después de la II Guerra Mundial e incorporando a su influencia a los llamados “países satélites”.

No es extraño que un ultranacionalista ruso como Putin afirme que la desaparición de la Unión Soviética y su bloque fue la mayor catástrofe geopolítica del siglo XX. Y la actuación reciente de Rusia sólo puede interpretarse desde la voluntad de volver a su antigua área de influencia (y de seguridad), negando, en consecuencia, la existencia de estados soberanos e independientes e intentando construir la Gran Rusia Eslava, con Bielorrusia y Ucrania, o

condicionando la soberanía de antiguas repúblicas soviéticas como Georgia o Moldavia y, a la postre, recuperando su afán hegemónico sobre las repúblicas bálticas.

Por ello, la ampliación de la OTAN (resultado de decisiones libres y soberanas de los países afectados) es percibida por Rusia como una amenaza, aunque la Alianza tenga una naturaleza nítidamente defensiva. El apoyo a la secesión de Transnistria, en Moldavia, o a la de Osetia del Sur y Abjasia, en Georgia, es clave para limitar su soberanía y amedrentar a su población. Por supuesto, también cercenar de raíz y con la máxima crueldad y violencia cualquier intento secesionista en la propia Federación Rusa, como en las dos guerras de Chechenia. Y visualizar (también frente a China o Turquía) que el Asia central exsoviética está bajo su tutela (como se ha visto mandando tropas a Kazajistán para reponer el orden político autoritario).

Sin embargo, el ejemplo más claro lo estamos viviendo en Ucrania. Ya en 2014, con el pretexto del “Euromaidán” (un movimiento democrático que quería orientar Ucrania hacia Occidente), apoya la secesión ilegal y violenta de las regiones del Donbás, y se anexiona, contra el derecho internacional y sin reconocimiento alguno, la península de Crimea, base histórica de la flota rusa en el Mar Negro.

Todos esos episodios son claros avisos: Rusia no tolerará que lo que considera su zona de influencia converja hacia Occidente. Y en todos los casos, ha utilizado la fuerza militar, violando el derecho internacional y compromisos concretos como las reglas de la OSCE o el Protocolo de Budapest (por el que Ucrania renunciaba al armamento nuclear instalado en su territorio, en favor de Rusia, a cambio de su compromiso de respetar su integridad territorial). Hasta ahora, su actuación había merecido escasa respuesta, alimentando así los apetitos imperialistas rusos y el afán de Putin de recuperar una Historia de dominación y sumisión.

Pero la invasión de Ucrania iniciada el 24 de febrero de 2022, ha cambiado todos los parámetros. Putin contaba con dos premisas: la débil y desunida respuesta occidental y el desmoronamiento rápido del gobierno ucraniano, permitiéndole así instalar un gobierno títere y, en la práctica (como en Bielorrusia) a las órdenes de Moscú. Y todo ello, con la aquiescencia acrítica e incondicional de China, dada la coincidencia estratégica en debilitar Occidente y el liderazgo de Estados Unidos.

Han fallado ambas y hoy Rusia está en una difícil encrucijada que está debilitando su ambición de gran potencia y su peso geopolítico. La respuesta occidental ha sido mucho más contundente y unitaria de lo previsto (con sanciones muy dolorosas, sobre todo a medio plazo, y con ayuda militar creciente a Ucrania) especialmente por parte de la Unión Europea, subordinando sus diferentes intereses al objetivo de mandarle un claro mensaje a Putin: estamos unidos en la Unión y con Estados Unidos (que lleva el peso de la ayuda militar y que se ve mucho menos afectado por las sanciones), reforzando y ampliando la OTAN. Justo lo contrario de lo que pretendía el autócrata ruso.

Por otra parte, la reacción china ha sido muy medida: apoyo político, pero no militar, evitando la extensión de sanciones que podrían perjudicarla seriamente. Y sin apoyo explícito relevante en el ámbito internacional. Un resultado adicional es la progresiva dependencia de China, convirtiendo a Rusia en un socio menor y subordinado.

Y, finalmente, la resistencia ucraniana, verdaderamente heroica, y el liderazgo de Zelenski, ha sido muy superior a la generalmente prevista, gracias a su valentía y moral de victoria y a la masiva ayuda militar que está consiguiendo no sólo parar el avance ruso sino frenar sus objetivos estratégicos (por ejemplo, cerrar el acceso ucraniano al Mar Negro) e incluso con ciertas posibilidades de contraataque. Estamos, según todos los indicios, ante un conflicto

largo, de desgaste y de incierto resultado final. Todo va a depender de la capacidad de la economía rusa de seguir financiando las operaciones militares y mostrando enormes carencias hasta ahora, y de la determinación occidental de seguir suministrando armamento eficaz y de las opiniones públicas europeas y sus gobiernos para asumir costes muy significativos sobre sus economías.

En cualquier caso, Rusia ha fracasado en prácticamente todos los frentes hasta ahora y Europa se ha sometido a una auténtica -y literal- prueba de fuego.

Para Europa, la reacción será clave para su futuro como proyecto político, única manera de ser un actor relevante en el nuevo escenario global que hemos dibujado. Sólo profundizando en su integración como sujeto político percibido externamente como tal, por encima de intereses nacionales a corto plazo, el proyecto europeo se consolidará.

Y cabe decir que, a pesar de dudas, incertidumbres y balbuceos, la respuesta europea a la crisis pandémica y a la agresión rusa ha sido mejor de lo que muchos auguraban. En la crisis del Covid19, centralizando la compra y distribución de vacunas, con notable éxito o, muy especialmente, poniendo en marcha mecanismos financieros de apoyo propios (“comunitarizados”) como los Next Generation UE, por primera vez, y acudiendo a los mercados de capitales como instituciones europeas. Y, desde luego, con una política del BCE orientada a facilitar la financiación de los incrementos de gasto público derivados de la crisis, con una determinación sin precedentes.

Y ahora, con la guerra, coordinando respuestas, buscando consensos y asumiendo que, para una Europa política, la Defensa y la Seguridad Común deben formar parte de sus objetivos, a través de esfuerzos presupuestarios sin precedentes, activación de mecanismos comunes como el Fondo Europeo de Defensa y promo-

viendo una auténtica industria europea de defensa, que evite disfunciones y duplicidades, y reactivando instrumentos como OCCAR o la PESCO. Y no menos importante, asumiendo la necesidad de coordinar la política energética para que no se produzcan en el futuro situaciones de vulnerabilidad y dependencia como las que estamos viviendo.

Esa ambición puede complementarse con una política migratoria y de asilo común y con una visión compartida sobre la ampliación de sus miembros, especialmente hacia los Balcanes Occidentales. Y, sobre todo, defendiendo los valores de paz, solidaridad, prosperidad, democracia y libertad que están en su base constitutiva.

Un panorama global extraordinariamente complejo e innegablemente inquietante y peligroso. El debilitamiento de la multilateralidad y el libre flujo de bienes, capitales y servicios, el cuestionamiento de la inviolabilidad de las fronteras y el uso de la fuerza para dirimir conflictos, en contra del derecho internacional, nos lleva a un mundo mucho más “hobbesiano” que “kantiano”.

La paz, en este contexto, es algo cada vez más frágil. El “decoupling”, aunque sea inevitable, no ayuda. Pero, precisamente por ello, la necesidad de hacer frente a desafíos globales conjuntamente se hace más perentoria que nunca: las pandemias o el medio ambiente no conocen fronteras ni divisiones políticas o ideológicas. Hay que hacer lo posible para mantener un diálogo honesto. Y así, quizás, podamos también restablecer climas de confianza para aminsonar los riesgos de guerra.

Pero seamos conscientes de que vienen malos tiempos para la lírica.